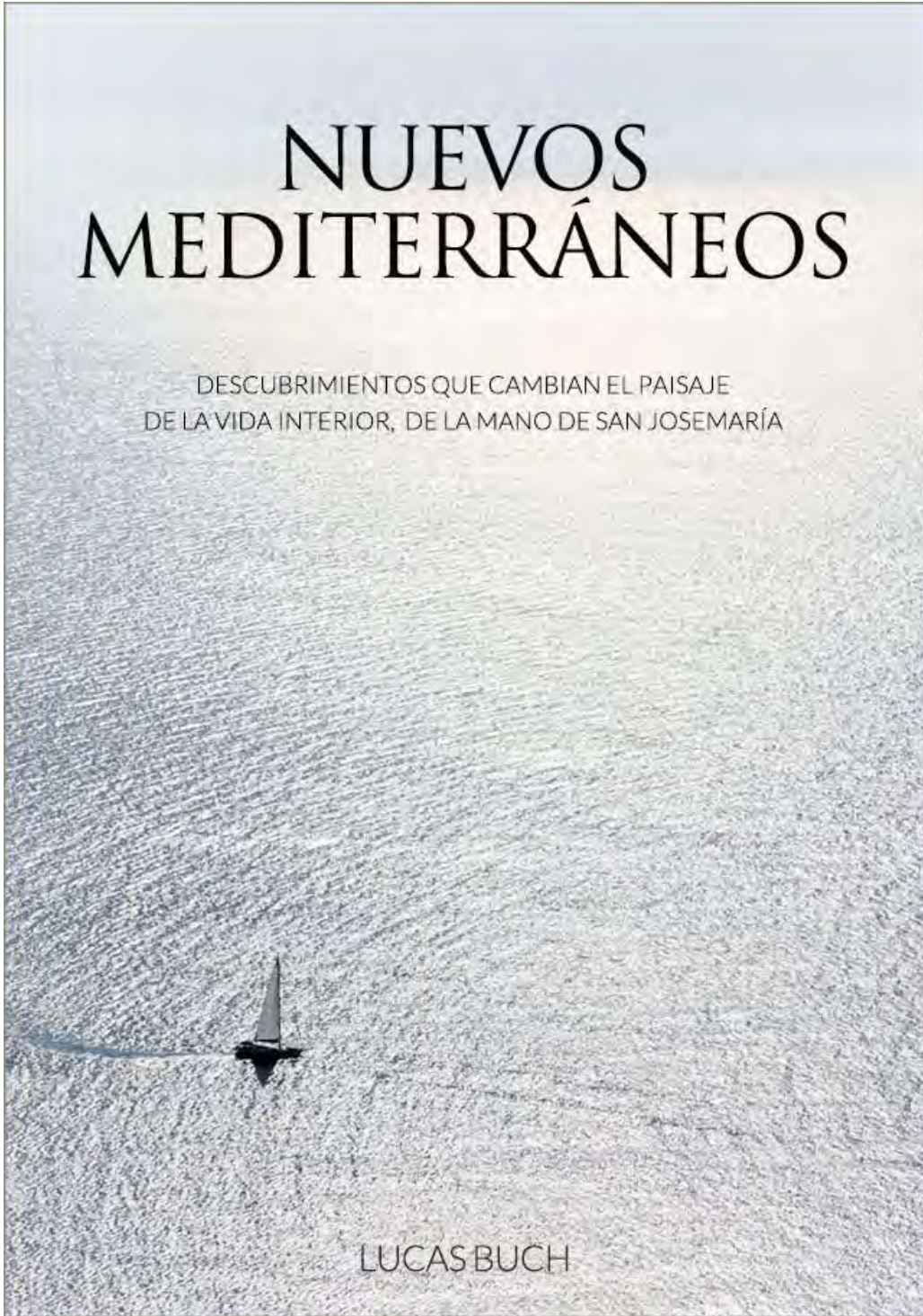


NUEVOS MEDITERRÁNEOS

DESCUBRIMIENTOS QUE CAMBIAN EL PAISAJE
DE LA VIDA INTERIOR, DE LA MANO DE SAN JOSEMARÍA



LUCAS BUCH

LUCAS BUCH

NUEVOS MEDITERRÁNEOS

DESCUBRIMIENTOS QUE CAMBIAN
EL PAISAJE DE LA VIDA INTERIOR,
DE LA MANO DE SAN JOSEMARÍA

© Copyright 2018 - Oficina de Información del Opus Dei - *www.opusdei.org*

ÍNDICE

- Pórtico
- I. «Aquella primera oración de hijo de Dios»
- Interludio: «Tener la Cruz es identificarse con Cristo»
- II. «Jesús es mi amigo entrañable»
- III. «Desde la Llaga de la mano derecha...»
- IV. «No hable: óigale»
- V. «A Jesús, por María»
- Epílogo

PÓRTICO

La vida de los santos es una luz que ilumina el camino de nuestras vidas cuando cae la noche. Ellos han recorrido ese mismo camino, y han sabido llegar a la meta: el Amor de Dios que está en nuestro origen, y que desea abrazarnos por toda la eternidad.

En estas páginas vamos a poner nuestra mirada en la vida santa de Josemaría Escrivá; en particular, en algunos descubrimientos que hizo en sus años de joven sacerdote. Como señalaron muchas personas que le conocieron, fue un enamorado de Dios que enseñó a muchas almas a «ahondar en la hondura del Amor de Dios, para poder así, con la palabra y con las obras, mostrarlo a los hombres»¹. Ese es el camino de la vida cristiana, que deseamos emprender también nosotros.

Ahora bien, este camino *hacia adentro* tiene una peculiaridad. No transita de un lugar conocido a otro desconocido: consiste más bien en ahondar en lo que ya se conoce, en lo que parece obvio, de tan oído. Se *descubre* entonces algo que, en realidad, se sabía, pero que ahora se percibe con una fuerza y una profundidad nueva. San Josemaría se refiere a esa experiencia hablando de distintos «Mediterráneos» que se fueron abriendo ante sus ojos de manera inesperada. Así lo expone, por ejemplo, en *Forja*:

«En la vida interior, como en el amor humano, es preciso ser perseverante. Sí, has de meditar muchas veces los mismos argumentos, insistiendo hasta descubrir un nuevo Mediterráneo.

»—¿Y cómo no habré visto antes esto así de claro?, te preguntarás sorprendido. —Sencillamente, porque a veces somos como las piedras, que dejan resbalar el agua, sin absorber ni una gota.

»—Por eso, es necesario volver a discurrir sobre lo mismo, ¡que no es lo mismo!, para empaparnos de las bendiciones de Dios»².

«Discurrir sobre lo mismo» para intentar abrirnos a toda su riqueza y descubrir así «¡que no es lo mismo!» Ese es el camino de contemplación al que estamos llamados. Se trata de surcar un mar que,

a primera vista, no tiene nada de nuevo, porque forma parte de nuestro paisaje cotidiano. Los romanos llamaban al Mediterráneo *Mare nostrum*: se trataba del mar conocido, del mar con el que convivían. San Josemaría habla de descubrir Mediterráneos porque, en cuanto nos adentramos en esos mares que creemos conocer bien, se abren ante nuestros ojos horizontes amplios, insospechados. Podemos decir entonces al Señor, con palabras de santa Catalina de Siena: «eres como un mar profundo, en el que cuanto más busco más encuentro, y cuanto más encuentro más te busco»³.

Estos descubrimientos responden a luces que Dios da cuando y como quiere. Con todo, nuestra consideración pausada nos pone en disposición de recibir esas luces del Señor. «Y como aquél que primero estaba en las tinieblas y después ve de pronto el sol que le ilumina la cara, y distingue claramente lo que hasta entonces no veía, del mismo modo el que recibe el Espíritu Santo queda con el alma iluminada»⁴. En estas páginas repasaremos algunos de estos Mediterráneos que san Josemaría descubrió en su vida interior, para ahondar, con él, «en la hondura del Amor de Dios»⁵.

Notas

¹ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 97.

² San Josemaría, *Forja*, n. 540.

³ Santa Catalina de Siena, *Diálogo*, c. 167.

⁴ San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis* 16, 16.

⁵ Los textos que se recogen en este libro, a excepción del interludio, han sido publicados con ligeras variantes en la web del Opus Dei durante el año 2017.

«Aquella primera oración de hijo de Dios»

Una de las convicciones más arraigadas en los primeros cristianos era que podían dirigirse a Dios como hijos amados. Jesús mismo les había enseñado: «Vosotros orad así: Padre nuestro que estás en el cielo...» (*Mt 6,9*). Él se había presentado ante los judíos como el Hijo amado del Padre, y había enseñado a sus discípulos a comportarse de igual modo. Los apóstoles le habían oído dirigirse a Dios con el término que usaban los niños hebreos para dirigirse a sus padres. Y, al recibir el Espíritu Santo, ellos mismos habían comenzado a usar esa fórmula. Se trataba de algo radicalmente nuevo, respecto a la piedad de Israel, pero San Pablo lo referiría como algo común y conocido por todos: «recibisteis un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: “¡Abbá, Padre!”». Pues el Espíritu mismo da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (*Rm 8,15-16*). Era una convicción que les llenaba de confianza y les daba una audacia insospechada: «si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo» (*Rm 8,17*). Jesús no es solo el Unigénito del Padre, sino también el Primogénito de muchos hermanos (cfr. *Rm 8,29; Col 1,15*). La Vida nueva, traída por Cristo, se presentaba ante los ojos de aquellos primeros creyentes como una vida de hijos amados de Dios. No era esta una verdad teórica o abstracta, sino algo real que les llenaba de una desbordante alegría. Buena muestra de ello es el grito que se le escapa al apóstol san Juan en su primera carta: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ilo somos!» (*1 Jn 3,1*).

La paternidad de Dios, su amor singularísimo y tierno por cada uno, es algo que los cristianos aprendemos desde pequeños. Y, sin embargo, estamos llamados a descubrirlo de un modo personal y vivo, que llegue a transformar nuestra relación con Dios. Al hacerlo, se abre ante nuestros ojos un Mediterráneo de paz y confianza, un horizonte inmenso en el que podremos ahondar a lo largo de toda la vida. Para san Josemaría, fue un hallazgo inesperado, la repentina apertura de un

panorama que se encontraba en realidad como escondido en algo que conocía bien. Era el otoño de 1931; lo recordaba muchos años después: «Os podría decir hasta cuándo, hasta el momento, hasta dónde fue aquella primera oración de hijo de Dios. Aprendí a llamar Padre, en el Padrenuestro, desde niño; pero sentir, ver, admirar ese querer de Dios de que seamos hijos suyos..., en la calle y en un tranvía —una hora, hora y media, no lo sé—; *Abba, Pater!*, tenía que gritar»¹.

En los meses siguientes, san Josemaría volvió repetidamente sobre este punto. En el retiro que hizo un año más tarde, por ejemplo, apuntaba: «Día primero. Dios es mi Padre. —Y no salgo de esta consideración»². ¡El día entero considerando la Paternidad de Dios! Aunque de entrada una contemplación tan dilatada en el tiempo pueda sorprendernos, de hecho señala la profundidad con la que caló en él la experiencia de la filiación divina. También nuestra primera actitud, en la oración y, en general, al dirigirnos a Dios, debe cifrarse en un confiado abandono y agradecimiento. Pero, para que nuestro trato con Dios adquiriera esta forma, conviene descubrir personalmente, una vez más, que Él ha querido ser Padre nuestro.

¿Quién es Dios para mí?

Como san Josemaría, tal vez aprendimos siendo muy pequeños que Dios es Padre, pero quizá nos queda un buen trecho de camino para *vivir* nuestra condición de hijos en toda su radicalidad. ¿Cómo podemos facilitar ese descubrimiento?

En primer lugar, para descubrir la paternidad de Dios, es necesario muchas veces *restaurar su auténtica imagen*. ¿Quién es Él para mí? De modo consciente o inconsciente, hay quien piensa en Dios como Alguien que impone leyes y anuncia castigos para quienes no las cumplan; Alguien que espera que se acate su voluntad y se enfurece ante la desobediencia; en una palabra, un Amo del que nosotros no seríamos más que involuntarios súbditos. En otros casos —sucede también a algunos cristianos—, Dios es percibido fundamentalmente como el motivo por el que hay que portarse bien. Se piensa en Él como la razón por la que cada uno se mueve hacia donde realmente *quiere*, pero *debe* ir. Sin embargo, Dios «no es un Dominador tiránico, ni un Juez rígido e implacable: es nuestro Padre. Nos habla de nuestros

pecados, de nuestros errores, de nuestra falta de generosidad: pero es para librarnos de ellos, para prometernos su Amistad y su Amor»³.

La dificultad para percibir que «Dios es Amor» (1 Jn 4,8) se debe a veces también a la crisis que atraviesa la paternidad en diversos países. Tal vez lo hemos comprobado al hablar con amigos o compañeros: su padre no les genera buenos recuerdos, y un Dios que es Padre no les parece particularmente atractivo. Al proponerles la fe, es bueno ayudarles a ver cómo su dolor por esa carencia muestra hasta qué punto llevan la paternidad inscrita en el corazón: una paternidad que les precede y que les llama. Por otra parte, un amigo, un sacerdote, pueden ayudarles con su cercanía a descubrir el amor del «Padre de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra» (Ef 3,14), y a experimentar esa ternura también en la «vocación de custodiar»⁴ que palpita dentro de cada uno, y que se abre camino en el padre o la madre que *ellos mismos ya son*, o que quisieran ser un día. Así pueden ir descubriendo en el fondo de su alma el auténtico rostro de Dios y la manera en que sus hijos estamos llamados a vivir, sabiéndonos mirados por Él con infinito cariño. En efecto, un padre no quiere a su hijo por lo que *hace*, por sus resultados, sino sencillamente *porque es su hijo*. Al mismo tiempo, le lanza al mundo y procura sacar lo mejor de él, pero siempre partiendo de lo mucho que vale a sus ojos.

Puede servirnos considerarlo, en particular, en los momento de fracaso, o cuando la distancia entre nuestra vida y los *modelos* que nos presenta el mundo en que vivimos nos lleven a tener una baja consideración de nosotros mismos. Quizá deberíamos recordar más a menudo que «esta es nuestra “estatura”, esta es nuestra identidad espiritual: somos los hijos amados de Dios, siempre (...). No aceptarse, vivir descontentos y pensar en negativo significa no reconocer nuestra identidad más auténtica: es como darse la vuelta cuando Dios quiere fijar sus ojos en mí; significa querer impedir que se cumpla su sueño en mí. Dios nos ama tal como somos, y no hay pecado, defecto o error que lo haga cambiar de idea»⁵.

Darnos cuenta de que Dios es Padre va de la mano con dejarnos mirar por Él *como hijos muy amados*. De este modo, comprendemos que nuestra *valía* no depende de lo que tengamos —nuestros talentos— o de lo que hagamos —nuestros éxitos—, sino del Amor que nos ha creado, que ha *soñado* con nosotros y nos ha *afirmado* «antes de la fundación

del mundo» (Ef 1,4). Ante la fría idea de Dios que se hace a veces el mundo contemporáneo, Benedicto XVI quiso recordar desde el inicio de su pontificado que «no somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario»⁶. ¿De verdad incide esta idea en nuestra vida diaria?

La confiada esperanza de los hijos de Dios

San Josemaría recordaba con frecuencia a los fieles del Opus Dei que «el fundamento de nuestra vida espiritual es el sentido de nuestra filiación divina»⁷. Lo comparaba al «hilo que une las perlas de un gran collar maravilloso. La filiación divina es el hilo, y ahí se van engarzando todas las virtudes, porque son virtudes de hijo de Dios»⁸. Por eso es crucial pedir a Dios que nos abra este Mediterráneo, que sostiene y da forma a toda nuestra vida espiritual.

El *hilo* de la filiación divina se traduce en «una actitud cotidiana de abandono esperanzado»⁹, una actitud que es propia de los hijos, especialmente cuando son pequeños. Por eso en la vida y en los escritos de san Josemaría, la filiación divina iba a menudo unida a la infancia espiritual. Ciertamente, ¿qué le importan las sucesivas caídas al niño que está aprendiendo a ir en bicicleta? No valen nada, mientras vea a su padre cerca, animándole a volver a intentarlo. En eso consiste su abandono esperanzado: «Papá dice que puedo... ¡vamos!».

Sabernos hijos de Dios es también la seguridad sobre la que apoyarnos para llevar a cabo la misión que el Señor nos ha confiado. Nos sentiremos como aquel hijo a quien su padre dice: «Hijo mío, vete hoy a trabajar en la viña» (Mt 21,28). Tal vez nos asaltará primero la inseguridad, o mil ocurrencias de diverso tipo. Pero enseguida consideraremos que es nuestro Padre quien nos lo pide, demostrándonos una confianza inmensa. Como Cristo, aprenderemos a abandonarnos en las manos del Padre y a decirle desde el fondo de nuestra alma: «Que no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mc 14,36). San Josemaría nos enseñó con su vida a comportarnos de este modo, a imagen de Cristo: «A lo largo de los años, he procurado apoyarme sin desmayos en esta gozosa realidad. Mi oración, ante cualquier circunstancia, ha sido la misma, con tonos diferentes. Le he dicho: Señor, Tú me has puesto aquí; Tú me has confiado eso o aquello,

y yo confío en Ti. Sé que eres mi Padre, y he visto siempre que los pequeños están absolutamente seguros de sus padres»¹⁰.

Desde luego, no podemos negar que habrá dificultades. Pero las encararemos desde la conciencia de que, pase lo que pase, ese Padre todopoderoso nos acompaña, está a nuestro lado y vela por nosotros. Él hará lo que nos proponemos, porque a fin de cuentas es obra suya; lo hará quizá de un modo distinto, pero más fecundo. «Cuando te abandones de verdad en el Señor, aprenderás a contentarte con lo que venga, y a no perder la serenidad, si las tareas —a pesar de haber puesto todo tu empeño y los medios oportunos— no salen a tu gusto... Porque habrán “salido” como le conviene a Dios que salgan»¹¹.

Cultivar el «sentido de la filiación divina»

San Josemaría, es preciso notarlo, no señalaba como fundamento del espíritu del Opus Dei *la filiación divina*, sino *el sentido* de la filiación divina. No basta *ser* hijos de Dios, sino que hemos de *sabernos* hijos de Dios, de modo tal que nuestra vida adquiriera ese *sentido*. Tener esa seguridad en el corazón es el fundamento más sólido; la verdad de nuestra filiación divina se convierte entonces en algo operativo, con repercusiones concretas en nuestra vida.

Para cultivar tal *sentido*, es bueno *ahondar* en esa realidad con la cabeza y con el corazón. *Con la cabeza*, primero, meditando en la oración los pasajes de la Escritura que hablan de la paternidad de Dios, de nuestra filiación, de la vida de los hijos de Dios. Esta meditación puede recibir luz de los muchos textos de san Josemaría sobre nuestra condición de hijos de Dios¹², o de las reflexiones de otros santos y escritores cristianos¹³.

Con el corazón podemos ahondar en nuestra condición de hijos de Dios acudiendo al Padre confiadamente, abandonándonos en su Amor, actualizando con o sin palabras nuestra actitud filial, y procurando tener siempre presente el Amor que Él nos tiene. Un modo de hacerlo es acudir a Él con breves invocaciones o jaculatorias. San Josemaría sugería: «Llámale Padre muchas veces al día, y dile —a solas, en tu corazón— que le quieres, que le adoras: que sientes el orgullo y la fuerza de ser hijo suyo»¹⁴. También podemos acudir a alguna breve oración que nos ayude a afrontar la jornada desde la seguridad de sentirnos hijos de Dios, o a terminarla, con agradecimiento, contrición y

esperanza. El papa Francisco proponía esta a los jóvenes: «“Señor, te doy gracias porque me amas; estoy seguro de que me amas; haz que me enamore de mi vida”. No de mis defectos, que hay que corregir, sino de la vida, que es un gran regalo: es el tiempo para amar y ser amado»¹⁵.

Volver a la casa del Padre

Se ha descrito la familia como «el lugar al que se vuelve», donde hallamos reparo y descanso. Lo es de modo particular en cuanto «santuario del amor y de la vida»¹⁶, como le gustaba decir a san Juan Pablo II. Allí reencontramos el Amor que da sentido y valía a nuestra vida, porque está en su mismo origen.

De igual modo, sentirnos hijos de Dios nos permite volver a Él confiadamente cuando estamos cansados, cuando nos han tratado mal o nos sentimos heridos... o también cuando le hemos ofendido. *Volver al Padre* es otro modo de vivir en esa actitud de «abandono esperanzado». Conviene meditar a menudo la parábola del padre que tenía dos hijos, recogida por san Lucas (Cfr. *Lc* 15,11-32): «Dios nos espera, como el padre de la parábola, extendidos los brazos, aunque no lo merezcamos. No importa nuestra deuda. Como en el caso del hijo pródigo, hace falta sólo que abramos el corazón, que tengamos añoranza del hogar de nuestro Padre, que nos maravillemos y nos alegremos ante el don que Dios nos hace de podernos llamar y de ser, a pesar de tanta falta de correspondencia por nuestra parte, verdaderamente hijos suyos»¹⁷.

Aquel hijo quizá apenas pensó en el dolor que había causado a su Padre: sobre todo añoraba el buen trato que recibía en la casa paterna (cfr. *Lc* 15,17-19). Se dirige hacia allá con la idea de no ser más que *un siervo* entre otros. Sin embargo, su padre le recibe —isale a buscarle, se le echa al cuello y le llena de besos!— recordándole su identidad más profunda: *es su hijo*. Enseguida dispone que le devuelvan los vestidos, las sandalias, el anillo... las señales de esa filiación que ni siquiera su mal comportamiento podía borrar. «A fin de cuentas se trataba del propio hijo y tal relación no podía ser alienada, ni destruida por ningún comportamiento»¹⁸.

Aunque a veces podamos ver a Dios como un Amo del que somos siervos, o como un frío Juez, Él se mantiene fiel a su Amor de Padre. La posibilidad de acercarnos a Él después de haber caído es siempre una

ocasión magnífica para descubrirlo. Al mismo tiempo, eso nos revela nuestra propia identidad. No se trata solamente de que Él haya decidido amarnos, porque sí, sino de que verdaderamente *somos* —por gracia— *hijos de Dios*. *Somos* hijos de Dios y nada, ni nadie, podrá robarnos jamás esa dignidad. Ni siquiera nosotros mismos. Por eso, ante la realidad de nuestra debilidad y del pecado —consciente y voluntario— no dejemos que nos invada la desesperanza. Como señalaba san Josemaría, «esta conclusión no es la última palabra. La última palabra la dice Dios, y es la palabra de su amor salvador y misericordioso y, por tanto, la palabra de nuestra filiación divina»¹⁹.

Ocupados en amar

El *sentido* de la filiación divina lo cambia todo, como cambió la vida de san Josemaría cuando descubrió inesperadamente ese Mediterráneo. ¡Qué distinta es la vida interior cuando, en lugar de basarla en nuestros avances o en nuestros propósitos de mejora, la centramos en el Amor que nos precede y nos espera! Si uno da prioridad a lo que él mismo *hace*, su vida espiritual gira casi exclusivamente en torno a la mejora personal. A la larga, este modo de vivir no solo corre el riesgo de dejarse el amor de Dios olvidado en una esquina del alma, sino también de caer en el desánimo, porque se trata de una lucha en la que uno está solo ante el fracaso.

Cuando, en cambio, nos centramos en lo que *Dios hace*, en dejarnos amar cada día por Él, acogiendo diariamente su Salvación, la lucha adquiere otro temple. Si salimos vencedores, se abrirán paso con gran naturalidad el agradecimiento y la alabanza; si caemos derrotados, nuestro trato con Dios consistirá en volver confiadamente al Padre, pidiendo perdón y dejándonos abrazar por Él.

No hay derrota para quien desea acoger cada día el Amor de Dios. Incluso el pecado puede convertirse en ocasión de recordar nuestra identidad de hijos y de volver al Padre, que insiste en salir a nuestro encuentro clamando: «¡Hijo, hijo mío!». De esa misma conciencia nacerá —como nacía en san Josemaría— la fuerza que necesitamos para volver a caminar en pos del Señor: «Sé que vosotros y yo, decididamente, con el resplandor y la ayuda de la gracia, veremos qué cosas hay que quemar, y las quemaremos; qué cosas hay que arrancar, y las arrancaremos; qué cosas hay que entregar, y las entregaremos»²⁰.

Pero lo haremos sin agobio, y sin desánimo, procurando no confundir el ideal de la vida cristiana con el perfeccionismo²¹. Viviremos, así, pendientes del Amor que Dios nos tiene, ocupados en amar. Seremos como hijos pequeños que han descubierto un poco el amor de su Padre, y quieren agradecerse de mil modos y corresponder con todo el amor —poco o mucho— que son capaces de expresar.

Notas

- ¹ San Josemaría, Meditación del 24-XII-1969 (en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. 1, Rialp, Madrid 1997, p. 390).
- ² San Josemaría, *Apuntes íntimos*, n. 1637 (en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. 1, p. 465).
- ³ *Es Cristo que pasa*, n. 64.
- ⁴ Francisco, Homilía en la Misa de inicio del pontificado, 19-III-2013.
- ⁵ Francisco, Homilía, 31-VII-2016.
- ⁶ Benedicto XVI, Homilía en la Misa de inicio del pontificado, 24-IV-2005.
- ⁷ San Josemaría, *Carta 25-I-1961*, n. 54 (en E. Burkhart, J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, vol. 2, Rialp, Madrid 2013, p. 20, nota 3).
- ⁸ San Josemaría, Apuntes de la predicación, 6-VII-1974, en E. Burkhart, J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, vol. 2, p. 108.
- ⁹ F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.
- ¹⁰ *Amigos de Dios*, n. 143.
- ¹¹ San Josemaría, *Surco*, n. 860.
- ¹² Cfr. p.ej. F. Ocáriz, “Filiación divina” en *Diccionario de san Josemaría Escrivá de Balaguer*, Monte Carmelo, Burgos 2013, pp. 519-526.
- ¹³ El año jubilar de la Misericordia ha permitido redescubrir a algunos de ellos. Cfr. Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, *Misericordiosos como el Padre. Subsidios para el Jubileo de la Misericordia 2015-2016*.
- ¹⁴ *Amigos de Dios*, n. 150.
- ¹⁵ Francisco, Homilía, 31-VII-2016.

- ¹⁶ San Juan Pablo II, Homilía, 4-V-2003.
- ¹⁷ *Es Cristo que pasa*, n. 64.
- ¹⁸ San Juan Pablo II, Enc. *Dives in Misericordia* (30-XI-1980), n. 5.
- ¹⁹ *Es Cristo que pasa*, n. 66.
- ²⁰ *Es Cristo que pasa*, n. 66.
- ²¹ Cfr. F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.

INTERLUDIO

«Tener la Cruz es identificarse con Cristo»

La paternidad de Dios, comprendida desde nuestra filiación divina, es un auténtico Mediterráneo que abre ante nosotros un panorama inmenso y nos sitúa en Dios y frente a Dios de un modo que conforma nuestra existencia entera. De ahí que se pueda afirmar que «la filiación divina no es una virtud particular, que tenga sus propios actos, sino la condición permanente del sujeto de las virtudes. Por eso no se obra como hijo de Dios con unas acciones determinadas: toda nuestra actividad, el ejercicio de nuestras virtudes, puede y debe ser ejercicio de la filiación divina»¹. Podemos así vivir cada instante de nuestra vida con «la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (*Rm 8,21*).

Con todo, la conciencia de la filiación divina está relacionada de una manera particular con un aspecto de nuestra vida: el sufrimiento, el dolor y, en una palabra, la participación en la Cruz de Jesús. No deja de ser llamativo que, en el evangelio de san Marcos, los gentiles reconozcan en Jesús al Hijo de Dios precisamente a la vista de su muerte (cfr. *Mc 15,39*). También san Juan entiende que la Cruz es el lugar donde brilla la gloria de Dios (cfr. *Jn12,23-24*). Y san Pablo tuvo que aprender que el camino de la gloria exigía identificarse con Cristo crucificado, «escándalo para los judíos, necedad para los gentiles» (*1 Cor 1,23*).

De modo análogo, en la vida de san Josemaría, la conciencia de la filiación divina despertó de la mano de la experiencia de la Cruz. Corrían los primeros años treinta. Según narran sus biógrafos, el joven sacerdote sufría al contemplar el dolor de su madre y sus hermanos, que lo pasaban mal por falta de medios económicos; sufría también porque seguía estando en Madrid en una situación precaria; sufría, en fin, por la difícil situación que atravesaba la Iglesia en España. En esas circunstancias, escribe:

«Cuando el Señor me daba aquellos golpes, por el año treinta y uno, yo no lo entendía. Y de pronto, en medio de aquella amargura tan grande,

esas palabras: *Tú eres mi hijo* (Sal 2,7), tú eres Cristo. Y yo sólo sabía repetir: *Abba, Pater!; Abba, Pater!; Abba!, Abba!, Abba!* (...) Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios»².

Esta experiencia dejó una profunda huella en el alma de san Josemaría. No se trataba solamente del descubrimiento de su condición de hijo, sino también de su íntima unión con el sacrificio de Jesús. No deja de ser algo paradójico: que nuestra condición de hijos de Dios —de hijos pequeños, incluso— vaya de la mano de la Cruz. Esa paradoja encontró su expresión muchos años más tarde en el *Via Crucis*, donde escribió: «Como el niño débil se arroja compungido en los brazos recios de su padre, tú y yo nos asiremos al yugo de Jesús»³. Si nos sabemos hijos de Dios, la Cruz será la señal cierta de nuestra filiación, y por eso la seguridad más grande de que Él está a nuestro lado.

Aunque pueda parecer a primera vista una locura, la Cruz —el dolor, el sufrimiento, las contrariedades— es, para quienes siguen a Cristo, un signo de filiación, y el lugar seguro donde se refugian. Por eso los cristianos besamos la Cruz, la Santa Cruz, y tenemos siempre a mano un crucifijo, mientras procuramos descubrir cada día la alegría escondida de quien lleva el santo madero de la mano de Jesús.

Notas

¹ F. Ocáriz, I. Celaya, *Vivir como hijos de Dios*, Eunsa, Pamplona 1993, 54.

² San Josemaría Escrivá, *Apuntes de una meditación*, 28-IV-1963, en E. Burkhart, J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, vol. 2, 37-38.

³ San Josemaría Escrivá, *Via Crucis*, VII estación.

II

«Jesús es mi amigo entrañable»

Los Evangelios muestran a Jesús en constante relación con personas muy distintas: enfermos que buscan curación, pecadores que ansían el perdón, curiosos, incluso espías... Pero en torno al Maestro se mueven, sobre todo, sus amigos. Así llama Jesús a sus discípulos: «amigos míos» (Lc 12,4). Es emocionante contemplar al Señor ante la tumba de Lázaro; su llanto conmovido hace comentar a los judíos: «Mirad cuánto le amaba» (Jn 11,36). Más adelante, durante la Última Cena, explicará a los apóstoles el sentido de su muerte en la Cruz: «Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos» (Jn 15,13). Y, quizá ante su sorpresa, insiste: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros, en cambio, os he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he hecho conocer» (Jn 15,15).

Por el Amor que nos tiene, Jesús nos hace amigos suyos. El don del Espíritu Santo nos sitúa en una relación nueva con Dios. Recibimos el mismo Espíritu de Cristo, que nos hace hijos del Padre y nos introduce también en una especial intimidad con Jesús: en realidad, nos identifica con Él. Sin embargo, al hacerlo no disuelve nuestra individualidad, ni elimina nuestra personalidad. Por eso, la identificación con Cristo se vive de la mano de la amistad con Él. La vida de la gracia inaugura una relación de tú a Tú con Dios: le conocemos en su misterio, y podemos actuar como Él. Esa unidad profunda de conocimiento y de intenciones hace posible que, siendo unas pobres criaturas, experimentemos a Dios, como decía san Agustín, en lo más íntimo de nosotros mismos; y que podamos querer y procurar lo mismo que Él. En eso —*idem velle, idem nolle*, amar y rechazar lo mismo— consiste precisamente la amistad.

«Otro mediterráneo»

Desde muy joven, san Josemaría aprendió que Jesús era amigo, y un amigo muy especial. Volcó esa antigua experiencia en un punto de *Camino*: «Buscas la compañía de amigos que con su conversación y su

afecto, con su trato, te hacen más llevadero el destierro de este mundo..., aunque los amigos a veces traicionan. —No me parece mal. Pero... ¿cómo no frecuentas cada día con mayor intensidad la compañía, la conversación con el Gran Amigo, que nunca traiciona?»¹

Era algo que había aprendido tiempo atrás, y que sus biógrafos ponen en relación con un consejo que recibió en la dirección espiritual durante el Seminario². Con los años, iría profundizando en ese descubrimiento de la amistad de Cristo. Posiblemente un momento importante de ese desarrollo tuviera lugar en la temporada en que se abrió ante sus ojos el panorama inmenso de su filiación divina. Mientras se encontraba en Segovia, haciendo un retiro espiritual, escribía: «Día primero. Dios es mi Padre. —Y no salgo de esta consideración. —Jesús es mi Amigo entrañable, (otro mediterráneo), que me quiere con toda la divina locura de su Corazón. Jesús..., mi Dios, ... que es hombre también»³.

Lo describe como «otro mediterráneo» —el primero era la paternidad de Dios—, esto es, como algo que ya conocía y que, sin embargo, se abría ante su mirada de modo nuevo. Este descubrimiento fue para san Josemaría, en primer lugar, una fuente de consuelo. En aquellos primeros años treinta tenía por delante la tarea inmensa de realizar la voluntad que Dios le había manifestado el 2 de octubre de 1928. Tenía un mensaje que transmitir a todos los hombres, y que realizar en la Iglesia. Pero debía hacerlo «con una carencia absoluta de medios materiales: veintiséis años, la gracia de Dios y buen humor. Y basta»⁴. El panorama abierto por este nuevo horizonte le confirmaba que en aquella misión no estaba solo. Le acompañaba Jesús, su Amigo, que comprendía perfectamente todas sus preocupaciones y zozobras, porque Él «es hombre también».

El Corazón de Jesús fue para san Josemaría una doble revelación: de «la caridad inmensa del Señor», por una parte, puesto que «el Corazón de Jesús es el Corazón de Dios encarnado»⁵; y, por otra parte, de la comprensión y la ternura de Jesús ante las propias limitaciones, dificultades y caídas. En sus momentos de oración experimentó tal vez lo que volcaría en un punto de *Camino*: «Jesús es tu amigo. —El Amigo. —Con corazón de carne, como el tuyo. —Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro... Y tanto como a Lázaro, te quiere a ti»⁶. Ese Amor, divino y humano al mismo tiempo, infinito y cercano, era un apoyo firme que le permitiría ir adelante en toda circunstancia.

Además, daba un realismo y una urgencia nueva a toda su vida interior⁷.

Un camino abierto para todos

San Josemaría animaba a las personas que se acercaban a él a transitar el camino de la amistad con Cristo. Les explicaba que el trato con el Maestro no necesita de excesivas formalidades ni de complejos métodos. Basta acercarse a él con sencillez, como a cualquier otro amigo. A fin de cuentas, ese es el modo en que le trataron quienes más le querían, mientras vivió entre ellos: «¿Has visto con qué cariño, con qué confianza trataban sus amigos a Cristo? Con toda naturalidad le echan en cara las hermanas de Lázaro su ausencia: ¡ite hemos avisado! ¡Si Tú hubieras estado aquí!... —Confíale despacio: enséñame a tratarte con aquel amor de amistad de Marta, de María y de Lázaro; como te trataban también los primeros Doce, aunque al principio te seguían quizá por motivos no muy sobrenaturales»⁸.

Los jóvenes que se acercaban a san Josemaría quedaban maravillados ante la naturalidad con que se dirigía al Señor y animaba a los demás a tratarle. A lo largo de toda su vida propuso sin cansancio este camino. Uno de los primeros que glosaría sus enseñanzas lo expresaba así: «Para llegar a esta amistad hace falta que tú y yo nos acerquemos a Él, lo conozcamos y lo amemos»⁹. La amistad requiere trato, y eso es lo primero a lo que nos invita el descubrimiento de Jesús como amigo. «Me has escrito: “orar es hablar con Dios. Pero, ¿de qué?” —¿De qué? De Él, de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias... iflaquezas!: y hacimientos de gracias y peticiones: y Amor y desagravio. En dos palabras: conocerle y conocerle: “¡tratarse!”»¹⁰.

Resuena en estas palabras aquel *noverim Te, noverim me* del que hablaba san Agustín: Señor, que te conozca y que me conozca¹¹; y aquel «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama»¹², de santa Teresa. En definitiva, el trato personal con Jesucristo es el nervio de la vida interior. Y eso, para quienes buscan la santidad en medio del mundo, consiste en aprender a encontrarle en todas las circunstancias del día a día, para entablar con él un diálogo continuo.

No se trata de un ideal irrealizable, sino de algo que muchas personas han sabido poner por obra en su propia vida. En el trabajo cotidiano, en la vida familiar, en las calles de la ciudad y en los campos, en los senderos de montaña y en el mar... en todas partes podemos reconocer a Cristo que nos espera y nos acompaña como un amigo. Innumerables veces repitió san Josemaría que «los hijos de Dios hemos de ser contemplativos: personas que, en medio del fragor de la muchedumbre, sabemos encontrar el silencio del alma en coloquio permanente con el Señor: y mirarle como se mira a un Padre, como se mira a un Amigo, al que se quiere con locura»¹³. Toda nuestra vida cabe en nuestra oración, como sucede en las conversaciones entre amigos, en las que se habla de todo. «Los Hechos de los Apóstoles nos dicen que, después de la Resurrección, el Señor reunía a sus discípulos y se entretenían *in multis argumentis*. Hablaban de muchas cosas, de todo lo que le preguntaban: tenían una tertulia»¹⁴.

Junto a este trato continuo, que hace de la propia vida tema de conversación con Dios, podemos también procurar *conocerle* cada vez más, buscándole en algunos *lugares* en que ha querido permanecer de modo más explícito. Vamos a repasar ahora tres de ellos.

Los relatos de los amigos del Señor

Los evangelistas recogieron, inspirados por el Espíritu Santo, los principales recuerdos del Maestro. San Josemaría era un enamorado de Jesús, y por eso «la Sagrada Biblia, especialmente los Evangelios, no fue sólo en sus manos un buen libro de lectura donde encontrar abundante instrucción provechosa, sino un lugar de encuentro con Cristo»¹⁵.

Desde el principio, quienes se acercaban a la labor de la Obra comprendían enseguida que aquel joven sacerdote era un alma que vivía en íntima unión con Dios. Esa intimidad se evidenciaba en su predicación: «“se dirigía al Sagrario, para hablar con Dios, con el mismo realismo con que nos hablaba a nosotros”, “y se sentía luego uno metido entre los apóstoles y discípulos del Señor, como uno de ellos”»¹⁶. Ese modo de acercarse a la Escritura es el mismo que recomendaba después. Muchas veces lo habremos considerado: «Te aconsejo que, en tu oración, intervengas en los pasajes del Evangelio, como un personaje más. Primero te imaginas la escena o el misterio,

que te servirá para recogerte y meditar. Después aplicas el entendimiento, para considerar aquel rasgo de la vida del Maestro: su Corazón enternecido, su humildad, su pureza, su cumplimiento de la Voluntad del Padre. Luego cuéntale lo que a ti en estas cosas te suele suceder, lo que te pasa, lo que te está ocurriendo. Permanece atento, porque quizá El querrá indicarte algo: y surgirán esas mociones interiores, ese caer en la cuenta, esas reconvenciones»¹⁷.

Con este consejo, nos estaba abriendo un secreto de su alma. Comentando este modo de acercarse a la Escritura, señalaba el beato Álvaro del Portillo: «La familiaridad con Nuestro Señor, con su Madre, Santa María, con San José, con los primeros doce Apóstoles, con Marta, María y Lázaro, con José de Arimatea y Nicodemo, con los discípulos de Emaús, con las Santas Mujeres, es algo vivo, consecuencia y resultado de un ininterrumpido conversar, de ese meterse en las escenas del Santo Evangelio para ser un personaje más»¹⁸.

La validez de este modo de orar queda refrendada por la vida y la enseñanza de muchos santos. Es el mismo que han recomendado los últimos pontífices al señalar la importancia de acercarnos al Evangelio con una actitud de oración, sugiriendo la práctica de la *lectio divina*. Se trata de acercarse al Evangelio sin prisa, detenidamente. Comenzando por un pasaje, podemos detenernos y pensar: «¿Cómo sería aquello?», e introducirnos en la escena «como un personaje más», imaginando la cara de la gente, el rostro de Jesús. Procuraremos entonces comprender el sentido de sus palabras, sabiendo que en muchos casos pueden requerir una cierta explicación, pues se trata de un texto antiguo, que pertenece a una cultura en parte distinta a la nuestra. De ahí la importancia de contar con una versión del texto que tenga suficientes anotaciones, y de apoyarse también en buenos libros sobre el Evangelio y sobre la Escritura.

Después, leemos de nuevo el texto y nos preguntamos: «“Señor, ¿qué me dice a mí este texto? ¿Qué quieres cambiar de mi vida con este mensaje? ¿Qué me molesta en este texto? ¿Por qué esto no me interesa?”, o bien: “¿Qué me agrada? ¿Qué me estimula de esta Palabra? ¿Qué me atrae? ¿Por qué me atrae?”»¹⁹. Quizá nos venga a la cabeza alguna persona necesitada que tenemos cerca, tal vez nos acordemos de que hemos de pedir perdón a alguien... Finalmente, consideramos: ¿Cómo puedo *responder*, con mi vida, a lo que me

propone Jesús en este texto? «Permanece atento, porque quizá Él querrá indicarte algo: y surgirán esas mociones interiores, ese caer en la cuenta, esas reconvenções»²⁰. Tal vez nos arrancará un poco de amor, un deseo de entrega, y, siempre, la seguridad de que Él nos acompaña. Esta contemplación de la vida del Señor es fundamental para el cristiano, pues «tiende a crear en nosotros una visión sapiencial, según Dios, de la realidad y a formar en nosotros "la mente de Cristo" (1 Co 2,16)»²¹.

Sin duda, existen muchas vías para tratar a Jesús a través de la Escritura. Por eso, san Josemaría no pretendía ofrecer un método, sino solo dar algunos consejos prácticos que pudieran servir para la meditación y contemplación, hasta llegar a «prorrumpir en afectos: actos de amor o de dolor, acciones de gracias, peticiones, propósitos..., que constituyen el fruto en sazón de la oración verdadera»²².

El Señor nos espera en el Sagrario

«Cuando te acercas al Sagrario piensa que ¡Él!... te espera desde hace veinte siglos»²³. La Eucaristía es sin duda un *lugar* privilegiado para encontrar a Jesucristo y entablar amistad con Él. Ese es también el camino que siguió san Josemaría. Su fe en la presencia viva de Cristo se manifestaba en todos sus gestos ante el Santísimo. Encarnita Ortega, que le conoció en los años cuarenta, recordaba así la primera meditación que le oyó predicar, a la que asistió con cierta curiosidad: «Su recogimiento, lleno de naturalidad, su genuflexión ante el Sagrario y el modo de desentrañarnos la oración preparatoria de la meditación, animándonos a ser conscientes de que el Señor estaba allí, y nos miraba y nos escuchaba, me hizo olvidar inmediatamente mi deseo de escuchar a un gran orador»; se abrió paso en su interior, en cambio, una viva percepción de «la necesidad de escuchar a Dios y de ser generosa con Él»²⁴.

Lo mismo recuerdan quienes le vieron celebrar la Santa Misa: «El modo de celebrar el Padre la Santa Misa, el tono sincero y lleno de atención con que rezaba las distintas oraciones, sin la menor afectación, sus genuflexiones y demás rúbricas litúrgicas, me impresionaron muy vivamente: Dios estaba allí, realmente presente»²⁵. No se trataba de cosas especiales, sino del modo de estar y de moverse, la intensidad de las oraciones, el recogimiento. También nosotros podemos tratar así a

Dios, si vivimos con la seguridad de que Cristo, el «Amigo entrañable», está verdaderamente presente en la Eucaristía. A los que vivían en la primera Residencia de la Obra, cuando fue posible por fin reservar al Señor en el Sagrario, el Padre les recordaba que Dios «era un residente más —el primero—, por lo que animaba a cada uno a que estuviese un rato haciéndole compañía, a que le “saludara” con una genuflexión al entrar y al salir de DYA, o a que acudiera al sagrario con el pensamiento, desde su dormitorio»²⁶.

Son esos detalles pequeños, cuando ponemos el corazón en ellos, los que expresan y al mismo tiempo alimentan nuestra fe: dirigir nuestro pensamiento a Dios cuando veamos una iglesia, hacerle alguna breve visita durante el día, procurar vivir la Misa con intensidad y recogimiento, trasladarnos con la imaginación frente al Sagrario para saludar al Señor o para ofrecerle nuestro trabajo... Pequeños detalles, los mismos que vivimos con nuestros amigos, cuando nos acercamos a verles o les enviamos un mensaje durante el día.

Cristo presente en quienes nos rodean

El *Mandamiento del Amor* es el signo distintivo de los que siguen a Cristo. Y no es solo un modo de vida, sino algo que nace de la fe en que el mismo Jesucristo está presente en las personas que nos rodean. Se trata de algo profundamente radicado en la enseñanza del Señor: en distintas ocasiones nos recuerda que, al cuidar a quienes lo necesitan —y todos, cada uno a su modo, tienen necesidad de nosotros—, en realidad es a Él mismo a quien cuidamos²⁷. Por eso es tan importante «reconocer a Cristo, que nos sale al encuentro, en nuestros hermanos los hombres»²⁸.

San Josemaría procuró encontrar a Cristo, en primer lugar, entre la gente más necesitada. En los primeros años treinta, dedicó muchas horas a visitar familias necesitadas en los arrabales de Madrid, a cuidar enfermos en los hospitales de la capital, y a dar catequesis entre niños pobres. Más tarde, supo transmitir la urgencia de ese cuidado a los jóvenes que se acercaban a la Obra. Además, esos mismos jóvenes experimentaban el cariño —humano y divino— que el Padre les tenía. Francisco Botella, por ejemplo, recordaba que, al conocerle, le acogió «como si me conociera de siempre; aún tengo en mi memoria su mirada profunda que se metió en el alma y su alegría que me removió

llenándome de gozo y de paz. Me pareció que me conocía por dentro y al mismo tiempo, todo con una naturalidad y sencillez que me hacían estar como con mi familia»²⁹. Otro de aquellos jóvenes, no especialmente sentimental, reconocía: «tiene un cuidado de nosotros, como no tendrían nuestras madres»³⁰.

En aquellos jóvenes, como en los pobres y enfermos, san Josemaría había *encontrado* a su Amigo. Años más tarde, «pensativo, con sus hijos en derredor, les preguntaba: “hijos míos, ¿sabéis por qué os quiero tanto?” Se hacía el silencio y añadía el Padre: “porque veo bullir en vosotros la Sangre de Cristo”»³¹. Jesús, su Amigo, le había llevado a encontrarle en la gente que le rodeaba, y particularmente en los más necesitados. También nosotros, junto al Evangelio y la Eucaristía, «estamos llamados a servir a Jesús crucificado en toda persona marginada, a tocar su carne bendita en quien está excluido, tiene hambre o sed, está desnudo, preso, enfermo, desempleado, perseguido, refugiado, emigrante. Allí encontramos a nuestro Dios, allí tocamos al Señor»³².

Notas

¹ San Josemaría, *Camino*, n. 88.

² *Camino*, edición crítico-histórica de P. Rodríguez, 3ª ed., Rialp, Madrid 2004, comentario al n. 88. Cfr. R. Herrando, *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925)*, Rialp, Madrid 2002, 197-201.

³ San Josemaría, *Apuntes íntimos*, n. 1637 (citado en *Camino*, edición crítico-histórica, comentario al n. 422). El día primero del retiro fue el 4 de octubre del 32. El texto sirvió de base para *Forja*, n. 2.

⁴ *Carta 29-XII-1947/14-II-1966*, n. 11, citado en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. 1, Rialp, Madrid 1997, 308.

⁵ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 169.

⁶ *Camino*, n. 422.

⁷ Cfr. *ibíd.*, nn. 244, 436.

⁸ San Josemaría, *Forja*, n. 495.

⁹ S. Canals, *Ascética meditada*, Rialp, Madrid 2011, cap. “Jesús, como amigo”.

¹⁰ *Camino*, n. 91.

- 11 San Agustín, *Soliloquios* II, 1.1.
- 12 Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, c. 8, n. 5.
- 13 *Forja*, n. 738.
- 14 San Josemaría, citado en *Dos meses de catequesis*, vol. II, 651 (AGP, Biblioteca PO4).
- 15 S. Hahn, “San Josemaría Escrivá, lector de la Sagrada Escritura”, en *Romana*, 40 (2005), disponible [aquí](#).
- 16 Recuerdo de F. Botella, en J.L. González Gullón, *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*, Madrid, Rialp 2016, 3ª ed., 429.
- 17 San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 253.
- 18 Beato Álvaro del Portillo, “Presentación” de *Es Cristo que pasa*.
- 19 Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), n. 153.
- 20 *Amigos de Dios*, n. 253.
- 21 Benedicto XVI, Ex. Ap. *Verbum Domini*, (30-X-2010), n. 87.
- 22 Javier Echevarría, “San Josemaría Escrivá, maestro de oración en la vida ordinaria”, *Magnificat* 2006, disponible [aquí](#).
- 23 *Camino*, n. 537.
- 24 Recuerdo citado en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. II, Rialp, Madrid 2002, 555.
- 25 Recuerdo de Francisco Ponz, en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. II, 407.
- 26 *DYA. La Academia y Residencia...*, 342.
- 27 Cfr. *Mt* 10,40; 25,40; *Lc* 10,16.
- 28 *Es Cristo que pasa*, n. 111.
- 29 Recuerdo de F. Botella, en *DYA. La Academia y Residencia...*, 433.
- 30 Recuerdo de J. Jiménez Vargas, en *DYA. La Academia y Residencia...*, 443.
- 31 Citado en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. III, Rialp, Madrid 2003, 405.

³² Francisco, *Via Crucis con los jóvenes durante la Jornada Mundial de la Juventud*, 29-VII-2016.

III

«Desde la Llaga de la mano derecha...»

Cuenta san Juan que el día de la resurrección, al atardecer, los discípulos se habían reunido en casa con las «puertas cerradas por miedo a los judíos» (*Jn 20,19*). Estaban encerrados, llenos de temor. Entonces, «vino Jesús, se presentó en medio de ellos y les dijo: —La paz esté con vosotros. Y dicho esto les mostró las manos y el costado» (*Jn 20,19-20*). De golpe, la zozobra de aquellos hombres se transformó en una honda alegría. Recibieron la paz que el Señor les traía, y acogieron después el don del Espíritu Santo (Cfr. *Jn 20,22*).

Muchos detalles llaman la atención en esta escena del Evangelio. ¿Qué esperaban los apóstoles? Jesús se presenta inesperadamente ante ellos, y su presencia les llena de alegría y de paz. Conocemos algunas de sus palabras y sus gestos, pero ¿cómo sería la mirada que les dirigió? Le habían abandonado. Le dejaron solo. Huyeron cobardemente. Sin embargo, el Señor no se lo reprocha. Él mismo se lo había anunciado. Sabía que de aquella debilidad podía surgir una profunda conversión: «Yo he rogado por ti» —le decía a Pedro antes de la pasión— «para que tu fe no desfallezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos» (*Lc 22,31-32*). El corazón contrito de los apóstoles podía acoger ahora más plenamente el Amor que Dios les ofrecía. De otro modo, tal vez ellos —y Pedro a la cabeza— hubieran seguido contando quizá demasiado con sus propias fuerzas.

Por otra parte, ¿por qué Jesús les enseña las manos y el costado? Ha quedado en ellos un rastro evidente del tormento de la crucifixión. Y, sin embargo, la vista de las llagas no les llena de dolor, sino de paz; no les provoca rechazo, sino alegría. Bien pensado, esas marcas de los clavos y de la lanzada son un sello del Amor de Dios. Se trata de un detalle lleno de sentido: Jesús quiso que en su cuerpo permanecieran las heridas de la Pasión después de resucitar para que no quedara ningún resquicio a la desconfianza y nadie pudiera pensar que, a la vista de nuestra respuesta tantas veces mediocre e incluso fría, se iba a

arrepentir de lo que había hecho. El Amor de Cristo es firme y plenamente consciente.

Además, para el incrédulo Tomás las llagas iban a ser la señal inequívoca de la Resurrección. Jesús es el Hijo de Dios, que verdaderamente ha muerto y ha resucitado por nuestros pecados. «Las llagas de Jesús —enseña el Papa— son un escándalo para la fe, pero son también la comprobación de la fe. Por eso, en el cuerpo de Cristo resucitado las llagas no desaparecen, permanecen, porque aquellas llagas son el signo permanente del amor de Dios por nosotros, y son indispensables para creer en Dios. No para creer que Dios existe, sino para creer que Dios es amor, misericordia, fidelidad. San Pedro, citando a Isaías, escribe a los cristianos: «Sus heridas nos han curado» (1P 2,24; cf. Is 53,5)»¹.

La tradición espiritual ha encontrado en las llagas del Señor un manantial de dulzura. San Bernardo, por ejemplo, escribía: «A través de estas hendiduras, puedo libar miel silvestre y aceite de rocas de pedernal (cfr. Dt 32,13), es decir, puedo gustar y ver qué bueno es el Señor»². En esas heridas reconocemos el Amor sin medida de Dios. De su corazón traspasado brota el don del Espíritu Santo (cfr. Jn 7,36-39). Al mismo tiempo, las heridas del Señor son un refugio seguro. Descubrir la hondura de esas aberturas puede abrir un nuevo Mediterráneo en nuestra vida interior.

«La Llaga Santísima de la mano derecha de mi Señor»

«Meteos en las llagas de Cristo», sugería san Juan de Ávila: «allí dice Él que mora su paloma, que es el ánima que en simpleza le busca»³. «Dentro de tus llagas, escóndeme», reza una conocida oración. También san Josemaría hará suyo este modo de acercarse al Maestro, tan arraigado entre los cristianos. Así, en 1933, anota: «Meterme cada día en una llaga de mi Jesús»⁴.

Esta es una de las devociones que mantendrá a lo largo de su vida entera, y que recomendará también a los jóvenes que se acerquen a él⁵. Con todo, cobra un relieve especial a raíz de una experiencia que le abrió un panorama nuevo, inmenso, y que tuvo lugar en plena guerra civil española, mientras vivía en Burgos. Era una época de sufrimiento para él: sus hijos en el Opus Dei se encontraban desperdigados por la península; unos en los frentes de batalla, otros escondidos en distintos

puntos, algunos de ellos todavía en la zona en que había persecución religiosa. Lo mismo sucedía con su madre y sus hermanos. De sus hijas espirituales, en fin, apenas tenía noticias. Además, algunos de los que antes le siguieron habían perdido la vida durante la guerra.

En estas circunstancias, san Josemaría se veía llamado a redoblar sus esfuerzos, su oración y, en particular, sus penitencias. Sin embargo, a primeros de junio de 1938, mientras se dirigía al Monasterio de las Huelgas, donde estaba llevando a cabo una tarea de investigación, recibe una especial luz de Dios, que describe en una carta a Juan Jiménez Vargas, ese mismo día:

«Querido Juanito: Esta mañana, camino de las Huelgas, a donde fui para hacer mi oración, he *descubierto* un Mediterráneo: la Llagas Santísima de la mano derecha de mi Señor. Y allí me tienes: todo el día entre besos y adoraciones. ¡Verdaderamente que es amable la Santa Humanidad de nuestro Dios! Pídele tú que Él me dé el verdadero Amor suyo: así quedarán bien purificadas todas mis otras afecciones. No vale decir: ¡corazón, en la Cruz!: porque, si una Herida de Cristo limpia, sana, aquieta, fortalece y enciende y enamora, ¿qué no harán las Cinco abiertas en el madero? ¡Corazón, en la Cruz!: Jesús mío, ¡qué más querría yo! Entiendo que, si continúo por este modo de contemplar (me metió S. José, mi Padre y Señor, a quien pedí que me soplara), voy a volverme más *chalo* que nunca lo estuve. ¡Prueba tú!»⁶

Llevaba tiempo recorriendo el camino de la Humanidad del Señor. También la devoción a las llagas de Cristo. Con todo, inopinadamente, se abrió ante él como «un Mediterráneo». Ahondó de golpe en el significado de Amor redentor que tenían aquellas heridas, y comprendió que el mejor modo de corresponder a tan gran Amor no consistía en lo que él pudiera *hacer*, sino justamente en sumergirse en Él: contemplándolo y dejándose abrazar enteramente por ese Amor.

Continúa la carta precisamente a propósito del esfuerzo que le supone su situación: «Siento una envidia enorme de los que están en los frentes, a pesar de todo». Y alude a la figura célebre de un sacerdote castrense, conocido por su vida penitente: «Se me ocurre pensar que, si no tuviera bien señalada mi senda, sería magnífico dejar corto al P. Doyle. Pero... eso me iría muy bien: nunca me costó gran cosa la penitencia. Sin duda, ésta es la razón de que me lleven por otro camino: el Amor». Su camino es el Amor: amar y dejarse querer. Al despedirse,

se afianza en esta convicción: «Un abrazo. Desde la Llaga de la mano derecha, te bendice tu Padre»⁷.

Aquel suceso, aquella luz inesperada, fue un signo de esperanza y constituyó sin duda un acicate para su trabajo sacerdotal. Gracias a esta iluminación divina, una realidad conocida y repetidas veces meditada —un camino transitado y recomendado por él mismo— se convirtió de repente en una *novedad*, una mina de riqueza inagotable, de la que no querría ya separarse.

Defendidos por el Amor

Las llagas de Jesús son un recordatorio perenne de su Amor, que llegó hasta el extremo en su sacrificio en la Cruz. Dios no se arrepiente de amarnos. Por eso, la contemplación de ese Amor suyo es una fuente de esperanza. A la vista del Resucitado, que conserva las marcas de su Pasión, nos damos cuenta de que «precisamente allí, en el punto extremo de su abajamiento —que es también el punto más alto del amor— ha germinado la esperanza. Si alguno de vosotros pregunta: “¿Cómo nace la esperanza?”. “De la cruz. Mira la cruz, mira al Cristo Crucificado y de allí te llegará la esperanza que ya no desaparece, esa que dura hasta la vida eterna”»⁸. En la Cruz nació y renace siempre nuestra esperanza. Así, «con Jesús cada oscuridad nuestra puede ser transformada en luz, toda derrota en victoria, toda desilusión en esperanza. Toda: sí, toda»⁹. Es esa seguridad la que hacía exclamar a san Pablo: «¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada? (...) Pero en todas estas cosas vencemos con creces gracias a aquel que nos amó» (*Rm 8,35.37*).

Al constatar nuestra debilidad y nuestro pecado, a menudo puede colársenos en el alma, de modos diversos, la tentación de la desesperanza. Lo que en el momento habíamos aceptado tal vez con frivolidad o cierta condescendencia, se presenta de golpe como un absurdo «no», un manotazo al Dios que nos ama. También nuestra respuesta tibia y desganada puede ser un motivo de desesperación. Pero todo esto no es más que una serie de tentaciones del mismo que nos hizo caer. Contemplar las llagas del Señor puede ser el mejor modo de reaccionar: sus llagas nos recuerdan que su Amor es «fuerte como la muerte» (*Cant 8, 16*). Más aún, porque su Amor ha vencido la muerte.

Un poeta contemporáneo lo expresa de un modo tan sintético como hermoso: «Lavado por el agua del costado / y dentro de la herida defendido / de tanto no que solo trae nada, / de tanto tibio sí, de tanta tregua»¹⁰.

Volver a contemplar la Humanidad del Señor, herida por nuestros pecados, resucitada, puede ser para nosotros una fuente de esperanza. Como a los apóstoles, Jesús no nos mira con resentimiento. No nos echa en cara nuestros pecados, nuestras debilidades, nuestras traiciones. Al contrario, nos *reafirma*, porque su amor es verdaderamente *incondicional*. No nos dice: «Te amo, si te portas bien», sino «Te amo, para mí eres un tesoro, y seguirás siéndolo pase lo que pase». Esa conciencia, que puede nacer contemplando las heridas abiertas en el cuerpo del Señor, nos llenará de alegría y de paz. *Pase lo que pase*, podemos refugiarnos en ellas, acogiéndonos de nuevo al perdón de Dios: «En mi vida personal —contaba el Papa en una homilía—, he visto muchas veces el rostro misericordioso de Dios, su paciencia; he visto también en muchas personas la determinación de entrar en las llagas de Jesús, diciéndole: “Señor estoy aquí, acepta mi pobreza, esconde en tus llagas mi pecado, lávalo con tu sangre”. Y he visto siempre que Dios lo ha hecho, ha acogido, consolado, lavado, amado»¹¹.

Reconocer nuestra pequeñez no es una derrota, ni una humillación. Podría serlo, si Dios fuera alguien que quisiera dominarnos. Pero no lo es. Es el Amor lo que le mueve: el Amor incondicional que nos da, y que espera que sepamos acoger.

El camino de la compasión

Existen muchos modos de acercarse a las llagas del Señor: «Id como más os conmueva», aconsejaba san Josemaría¹². Sabemos cómo le gustaba *meterse* con la imaginación en el Evangelio. En *Santo Rosario*, por ejemplo, al contemplar el primer misterio glorioso, comenta: «Y, antes de terminar la decena, has besado tú las llagas de sus pies..., y yo más atrevido —por más niño— he puesto mis labios sobre su costado abierto»¹³.

Recordando el modo en que san Josemaría hacía la acción de gracias de la Misa, lugar privilegiado para renovar a diario su encuentro personal con el Amor de su Vida, don Javier Echevarría describía cómo «se

arrodillaba los primeros minutos, en el suelo o en el reclinatorio: mirando el crucifijo de bolsillo cogido entre sus manos, recitaba la oración *En ego* [*Miradme, oh mi amado y buen Jesús*]. Mientras repetía las palabras que se referían a las llagas del Señor, besaba devotamente cada una»¹⁴.

Las heridas del Señor, que con tanta hondura descubrió san Josemaría en aquella mañana de junio, no solo revelan el Amor que el Señor nos tiene: son a la vez una invitación a corredimir con Él, como lo hace Santa María; a ser su Cirineo, a consolarle por tantas ofensas que hieren su Corazón, sobre todo porque hieren el nuestro... Una llamada, en fin, a cuidarle precisamente en aquellos «hermanos más pequeños» con quienes se identifica, en quienes de algún modo ha querido quedarse (Cfr. *Mt 25,40*).

Por eso, dentro del itinerario que llevó a san Josemaría a descubrir aquel Mediterráneo —una luz de Dios—, no hay que olvidar la enorme cantidad de horas que dedicó a cuidar enfermos y gente sin recursos por los barrios más pobres de Madrid. Ese es desde luego un modo estupendo de descubrir el Amor de Dios: salir de nosotros mismos para tocar a Jesús en las personas que sufren. Se trata, sin duda, de un camino seguro.

Esa vía nos lleva a dejarnos interpelar por Él, a acercarnos a sus llagas y a responder con amor a su Amor. Aprendemos así a vivir con los demás la misma ternura que Dios vuelca sobre nuestra debilidad personal. Por este camino, nuestra propia vida adquiere un renovado sentido de misión que nos lanza más allá de nosotros mismos, contando no con nuestras fuerzas, sino con una llamada que viene de Dios, que nos transforma y cuenta con nosotros para sembrar en el mundo su paz y su alegría. El Papa insiste incansablemente en este punto: «A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. (...) Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo»¹⁵.

Meternos en las llagas de Cristo, por el camino de la compasión y de la contemplación, puede abrirnos un auténtico Mediterráneo: aprenderemos así a refugiarnos en esas heridas de Amor, y a amar con

todo el corazón a quienes nos rodean, comenzando por quienes más lo necesitan; personas que muchas veces están a la vera del camino, en nuestra misma casa.

Notas

- ¹ Francisco, Homilía, 27-IV-2014.
- ² San Bernardo, *Sermón 61* (Sobre el libro del *Cantar de los cantares*), 4. Abundantes testimonios sobre esta devoción, y un modo de vivirla, pueden encontrarse en P. Beteta, *Mirarán al que traspasaron*, Rialp, Madrid 2009.
- ³ San Juan de Ávila, *Epistolario*, carta 47. Cfr. *Cant* 2,16.
- ⁴ San Josemaría, *Apuntes íntimos*, n. 1799b, de 1933, en *Santo Rosario. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid 2010, comentario al primer misterio glorioso, p. 226, nota 5.
- ⁵ «Me quedaré metido cada día, cumpliendo un propósito antiguo, en la Llaga del Costado de mi Señor», San Josemaría, *Apuntes íntimos*, n. 1763, de 1934; en *Camino. Edición crítico-histórica*, Rialp, Madrid 2004, 3ª ed., comentario al n. 288.
- ⁶ San Josemaría, Carta a Juan Jiménez Vargas, 6-VI-1938, en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. 2, Rialp, Madrid 2002, 288-289.
- ⁷ *Ibidem*.
- ⁸ Francisco, Audiencia general, 12-IV-2017.
- ⁹ *Ibidem*.
- ¹⁰ Julio Martínez Mesanza, “Defendido”, en *Gloria*, Rialp, Madrid 2016.
- ¹¹ Francisco, Homilía, 7-IV-2013.
- ¹² San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 303.
- ¹³ San Josemaría, *Santo Rosario*, primer misterio glorioso.
- ¹⁴ Javier Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría*, Rialp, Madrid 2000, p. 235.
- ¹⁵ Francisco, Ex. Ap. *Evangelii Gaudium* (24-IX-2013), n. 270.

IV

«No hable: óigale»

Antes de volver junto al Padre, Jesús advirtió a sus apóstoles: «sabed que yo os envío al que mi Padre ha prometido. Vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza de lo alto» (Lc 24,49). Los apóstoles se quedaron en Jerusalén, a la espera del prometido de Dios. En realidad, la promesa, el don, era el mismo Dios, en su Espíritu Santo. Pocos días más tarde, en la fiesta de Pentecostés, lo recibirían, llenándose de la gracia de Dios. «Los discípulos, que ya eran testigos de la gloria del Resucitado, experimentaron en sí la fuerza del Espíritu Santo: sus inteligencias y sus corazones se abrieron a una luz nueva»¹. Aquel mismo día comenzaron a predicar con audacia y, al escuchar las palabras de san Pedro, cuenta la Escritura que fueron bautizados «y se les unieron unas tres mil almas» (Hch 2,41).

San Josemaría recordaba a menudo que el don del Espíritu Santo no es un recuerdo del pasado, sino un fenómeno siempre actual. «También nosotros, como aquellos primeros que se acercaron a San Pedro en el día de Pentecostés, hemos sido bautizados. En el bautismo, Nuestro Padre Dios ha tomado posesión de nuestras vidas, nos ha incorporado a la de Cristo y nos ha enviado al Espíritu Santo»². En el bautismo primero, y después en la confirmación, hemos recibido la plenitud del don de Dios, la vida de la Trinidad.

Descubrir al Paráclito

El Don de Dios, la Salvación que recibimos, no es una *cosa*, sino una *Persona*. Por eso, toda la vida cristiana nace de la relación personal con el Dios que viene a habitar en nuestros corazones. Es esta una verdad conocida: se encuentra en el fundamento de la vida de fe. Sin embargo, puede ser también algo que hayamos de descubrir.

«A lo largo del año 1932 asistimos a un fuerte desarrollo de la devoción al Espíritu Santo en san Josemaría», señala uno de los mejores conocedores de su obra³. Después de meses procurando tratar más al

Paráclito, recibe una particular luz que le abre un nuevo panorama, como sabemos por una anotación de ese mismo día:

«Octava de todos los Santos —martes— 8-XI-32: Esta mañana, aún no hace una hora, mi P. Sánchez me ha descubierto ‘otro Mediterráneo’. Me ha dicho: ‘tenga amistad con el Espíritu Santo. No hable: óigale’. Y desde Leganitos, haciendo oración, una oración mansa y luminosa, consideré que la vida de infancia, al hacerme sentir que soy hijo de Dios, me dio amor al Padre; que, antes, fui por María a Jesús, a quien adoro como amigo, como hermano, como amante suyo que soy... Hasta ahora, sabía que el Espíritu Santo habitaba en mi alma, para santificarla..., pero no cogí esa verdad de su presencia. Han sido precisas las palabras del P. Sánchez: siento el Amor dentro de mí: y quiero tratarle, ser su amigo, su confidente..., facilitarle el trabajo de pulir, de arrancar, de encender... No sabré hacerlo, sin embargo: Él me dará fuerzas, Él lo hará todo, si yo quiero... ¡que sí quiero! Divino Huésped, Maestro, Luz, Guía, Amor: que sepa el pobre borrico agasajarte, y escuchar tus lecciones, y encenderse, y seguirte y amarte —Propósito: frecuentar, a ser posible sin interrupción, la amistad y trato amoroso y dócil del Espíritu Santo. *Veni Sancte Spiritus!*...⁴.

En estas notas, san Josemaría recoge el itinerario espiritual por el que Dios le había ido llevando: el descubrimiento de la filiación divina, la mediación de María hacia Jesús, el tesoro de la amistad de Cristo... hasta tomar conciencia de la presencia del Amor de Dios dentro de él. Como escribió muchos años más tarde, llega un momento en que el corazón necesita «distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. (...) Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo: ilos dones y las virtudes sobrenaturales!»⁵

Que el Espíritu Santo habita en el alma del cristiano es algo que él ya *sabía*, pero no lo había captado todavía como algo *vivido*, experimentado en profundidad. Con ocasión de aquellas palabras de su director espiritual, se abre ante sus ojos un nuevo horizonte, algo que no solamente *entiende*, sino que sobre todo *vive*: «siento el Amor dentro de mí». Ante esa maravilla, se enciende en deseos de corresponder, poniéndose a disposición de ese Amor: «quiero tratarle, ser su amigo, su confidente..., facilitarle el trabajo de pulir, de arrancar,

de encender...» Y frente al miedo de no ser capaz, de no estar a la altura, se yergue la seguridad de que es Dios quien lo hará, si él le deja.

Acoger el don de Dios

Lo primero que llama la atención en el Mediterráneo que se abre ante san Josemaría es el *protagonismo de Dios*. Unas semanas más tarde daría forma al que sería el n. 57 de *Camino*: «Frecuenta el trato del Espíritu Santo —el Gran Desconocido— que es quien te ha de santificar»⁶. Nuestra santidad es obra de Dios, aunque muchas veces ese Dios que nos santifica se haya convertido en «el Gran Desconocido».

En un mundo como el nuestro, que pone el acento en el *hacer* humano y en el fruto de nuestro esfuerzo, no siempre tenemos presente que la Salvación que recibimos de Dios es fundamentalmente un *don gratuito*. En palabras de San Pablo: «por gracia habéis sido salvados mediante la fe» (*Ef* 2,8). Desde luego, el empeño que ponemos nosotros es importante, y no es lo mismo vivir de un modo o de otro. Sin embargo, todo nuestro obrar parte de la seguridad de que «el cristianismo es gracia, es la sorpresa de un Dios que, satisfecho no solo con la creación del mundo y del hombre, se ha puesto al lado de su criatura»⁷. Y eso es algo que a cada uno toca descubrir *de modo personal*. Como le gusta repetir al papa Francisco, se trata de reconocer que «Dios es el que te *'primerea'*. Uno lo está buscando, pero Él te busca primero. Uno quiere encontrarlo, pero Él nos encuentra primero»⁸.

De este descubrimiento nace «un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la *primacía de la gracia*»⁹. A la vuelta de los años, no han perdido actualidad las palabras con las que san Juan Pablo II preparaba a la Iglesia para el nuevo milenio. Concretamente, el Papa nos ponía en guardia frente a una tentación que puede insinuarse en la vida espiritual o en la misión apostólica: «pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar»¹⁰. Así, podríamos considerar que nuestra vida interior no es tan intensa como esperábamos porque no ponemos suficiente esfuerzo, o que nuestro apostolado no da el fruto previsto porque nos ha faltado exigencia. Esa puede ser parte del problema, pero no lo explica totalmente. Los cristianos sabemos que es Dios quien hace las cosas: «las obras apostólicas no crecen con las fuerzas humanas, sino al soplo del

Espíritu Santo»¹¹. He aquí otro modo de reconocer que nuestra vida no vale por lo que hacemos, ni pierde valor por lo poco que hacemos, o por nuestros fracasos... mientras nos volvamos hacia ese Dios que ha querido vivir en medio de nosotros. «Vivir según el Espíritu Santo es vivir de fe, de esperanza, de caridad; dejar que Dios tome posesión de nosotros y cambie de raíz nuestros corazones, para hacerlos a su medida»¹². El auténtico punto de partida para la vida cristiana, «para hacer las obras buenas» que nuestro Padre Dios nos confía (*Ef 2,10*) es, pues, un agradecido recibir —acoger el don de Dios— que nos lleva a vivir en el abandono esperanzado propio de los hijos de Dios¹³.

«Frecuentar el trato amoroso y dócil del Espíritu Santo»

Acoger el don de Dios es recibir a una Persona, y por eso se entiende el consejo del P. Sánchez a san Josemaría: «tenga amistad con el Espíritu Santo. No hable: óigale». Con una persona se tiene amistad, y la amistad crece en el diálogo. Por eso, al descubrir la presencia personal de Dios en su corazón, san Josemaría hizo un propósito concreto: «*frecuentar*, a ser posible sin interrupción, la amistad y trato amoroso y dócil del Espíritu Santo». Eso es lo que podemos poner de nuestra parte para *oírle*.

Se trata de un camino transitable para todos los cristianos: abrirse continuamente a la acción del Paráclito, escuchar sus inspiraciones, dejar que nos lleve «hacia toda la verdad» (*Jn 16,13*). Jesús había prometido a los Doce: «Él os enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho» (*Jn 14,26*). El Espíritu Santo es quien nos permite vivir según los designios de Dios, pues Él es también quien nos «anunciará lo que va a venir» (*Jn 16,13*).

Los primeros cristianos comprendieron esta realidad, y sobre todo la *vivieron*. «Apenas hay una página de los *Hechos de los Apóstoles* en la que no se nos hable de Él y de la acción por la que guía, dirige y anima la vida y las obras de la primitiva comunidad cristiana»¹⁴. En efecto, «los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios» (*Rm 8,14*). Y nos dejamos llevar por Él en cuanto procuramos entrenarnos un día y otro en la «difícil disciplina de la escucha»¹⁵. Tratar al Espíritu Santo es procurar escuchar su voz, «que te habla a través de los acontecimientos de la vida diaria, a través de las alegrías y los sufrimientos que la acompañan, a través de las personas que se

encuentran a tu lado, a través de la voz de tu conciencia, sedienta de verdad, de felicidad, de bondad y de belleza»¹⁶.

En ese sentido, es interesante un pasaje del último libro entrevista de Benedicto XVI. El periodista le pregunta si no hay momentos en que el Papa «puede sentirse terriblemente solo»: «Sí —responde Benedicto XVI—, pero gracias a que me siento tan vinculado con el Señor, nunca estoy del todo solo»; y enseguida añade: «Uno sencillamente sabe: no soy yo quien hace esto. Solo no podría hacerlo. Él siempre está ahí. No tengo más que escuchar y abrirme de par en par a Él»¹⁷. La perspectiva de compartir la propia vida con Dios, de vivir de la amistad con Él, resulta hoy tan atractiva como siempre. Pero, continúa el entrevistador, «¿cómo se logra esa escucha, ese abrirse de par en par a Dios?». El Papa emérito se ríe, y el periodista insiste: «¿cuál es el mejor modo?». Con sencillez, responde Benedicto XVI: «Pues suplicando al Señor —¡tienes que ayudarme ahora!— y recogiendo interiormente, permaneciendo en silencio. Y luego se puede siempre llamar de nuevo a la puerta con la oración, y suele funcionar»¹⁸.

Aprender a reconocer su voz

En nuestra propia vida de oración, quizá sin pretenderlo, a veces podemos esperar fenómenos algo extraordinarios que nos *aseguren* que estamos hablando con Dios, que Él nos escucha, que nos habla. La vida espiritual, en cambio, se realiza de un modo más cotidiano. Más que de recibir gracias especiales, se trata de «ser sensibles a lo que el Espíritu divino promueve a nuestro alrededor y en nosotros mismos»¹⁹.

«Los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios» (*Rm 8,14*). Esta guía del Paráclito suele consistir en darnos —más que indicaciones concretas—, luces, orientaciones. De modos muy variados, y contando con los tiempos de cada uno, va iluminando los sucesos pequeños y grandes de nuestra vida. Así un detalle y otro van apareciendo de un modo *nuevo*, distinto, con una luz que muestra un sentido más claro a lo que antes resultaba borroso e incierto.

¿Cómo recibimos esa luz? De mil modos distintos: al leer la Escritura, los escritos de los santos, un libro de espiritualidad; o en situaciones inesperadas, como durante una conversación entre amigos, al leer una noticia... Hay infinidad de momentos en que el Espíritu Santo puede estar sugiriéndonos algo. Pero Él cuenta con nuestra inteligencia y con

nuestra libertad para dar forma a sus sugerencias. Conviene aprender a orar a partir de esos destellos; meditarlos sin prisa, día tras día; detenerse en la oración y preguntar al Señor: “Con este asunto que me preocupa, con esto que me ha sucedido, ¿qué me quieres decir?, ¿qué me propones para mi vida?”

En esta escucha paciente es bueno tener en cuenta que la voz del Espíritu Santo puede aparecer en nuestro corazón mezclada con otras muy diversas: nuestro egoísmo, nuestras apetencias, las tentaciones del diablo... ¿Cómo ir reconociendo lo que viene de Él? En esto, como en tantas cosas, no existen pruebas irrefutables; pero hay signos que ayudan a discernir su presencia. En primer lugar, hay que tener en cuenta que Dios no se contradice: no nos pedirá nada contrario a las enseñanzas de Jesucristo, recogidas en la Escritura y enseñadas por la Iglesia. Tampoco nos sugerirá algo que se oponga a nuestra vocación. En segundo lugar, debemos prestar atención a lo que traen consigo esas inspiraciones. Por los frutos se conoce el árbol (cfr. *Mt* 7,16-20); y, como escribe san Pablo, «los frutos del Espíritu son: la caridad, el gozo, la paz, la longanimidad, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la continencia» (*Ga* 5,22-23). La tradición espiritual de la Iglesia es constante en señalar que «el Espíritu de Dios produce inevitablemente paz en el alma; el demonio produce inevitablemente inquietud»²⁰. A lo largo del día se nos ocurrirán infinidad de *ideas felices*; ideas de servicio, de cuidado, de atención, de perdón. Con frecuencia no habremos tenido sin más una *buena idea*, sino que el Espíritu Santo nos está moviendo el corazón. Secundar esas inspiraciones del Paráclito nos llenará del auténtico *gaudium cum pace*: una alegría llena de paz.

La docilidad al Paráclito es, en fin, una actitud que conviene cultivar serenamente, con la ayuda de la dirección espiritual. No deja de ser significativo que este horizonte se abriera a san Josemaría precisamente en ese contexto. El consejo que recibió —«óigale»— revela también la conciencia que el Padre Sánchez tenía de su misión como director espiritual: facilitar que el Espíritu Santo tomase cada vez más la guía de esa alma, «facilitarle el trabajo de pulir, de arrancar, de encender...». Esa es la tarea de quienes acompañan a otros en su vida espiritual: ayudarles a conocerse, para que puedan discernir mejor lo que el Paráclito puede estarles pidiendo. Así, poco a poco, cada uno va

aprendiendo a ver a Dios en lo que le pasa y en lo que sucede en el mundo.

Anclados en el Amor de Dios, con el soplo del Espíritu Santo

Desde la Ascensión del Señor a los cielos y el envío del Espíritu Santo en Pentecostés, vivimos en el tiempo de la misión: Cristo mismo nos ha confiado la tarea de llevar la Salvación al mundo entero. El Santo Padre lo ha comentado en repetidas ocasiones, al hablar del «dinamismo de “salida” que Dios quiere provocar en los creyentes»²¹, señalando al mismo tiempo que, con la tarea, nos ha dado la fuerza para cumplirla. En efecto, ese *dinamismo* «no es una estrategia, sino la fuerza misma del Espíritu Santo, caridad increada»²².

En sus catequesis sobre la esperanza, el papa Francisco ha recordado la importancia de dejarnos guiar por el Espíritu Santo, con una imagen muy querida por los Padres de la Iglesia: «La carta a los Hebreos compara la esperanza con un ancla (cfr. 6,18-19); y a esta imagen podemos añadir la de la vela. Si el ancla es lo que da a la barca la seguridad y la tiene “anclada” entre las olas del mar, la vela es, en cambio, lo que la hace caminar y avanzar en las aguas. La esperanza es realmente como una vela que recoge el viento del Espíritu Santo y lo transforma en fuerza motriz que empuja la barca, según los casos, al mar o a la orilla»²³.

Vivir anclados en la hondura del Amor de Dios nos da seguridad; vivir pendientes del Espíritu Santo nos permite avanzar con la fuerza de Dios y en la dirección que Él nos sugiere: «volar, sin apoyarte en nada de aquí, pendiente de la voz y del soplo del Espíritu»²⁴. Ambas cosas nacen de la unión con Dios. Por eso, «la Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración»²⁵. Los últimos papas lo han recordado constantemente: si queremos cumplir la misión que Cristo nos confió con el mismo Espíritu que a Él le movía, no hay otro camino que la oración, el trato continuo y confiado con el Paráclito. De ahí la importancia de descubrir el Mediterráneo de la presencia viva de Dios en nuestro corazón. Y navegar mar adentro guiados por el Espíritu Santo, «luz, fuego, viento impetuoso (...) que alumbra la llama y la vuelve capaz de provocar incendios de amor»²⁶.

Notas

- ¹ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 127.
- ² *Ibíd.*, n. 128.
- ³ Cfr. P. Rodríguez, *Camino. Edición crítico-histórica*, comentario al n. 57.
- ⁴ San Josemaría, *Apuntes íntimos*, n. 864, en P. Rodríguez, *Camino. Edición crítico-histórica*, comentario al n. 57, p. 270. Se remite allí a un estudio de J.L. Illanes, “Trato con el Espíritu Santo y dinamismo de la experiencia espiritual. Consideraciones a partir de un texto del Beato Josemaría Escrivá”, en P. Rodríguez et al. *El Espíritu Santo y la Iglesia: XIX Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1999, 467-479 (disponible [aquí](#)).
- ⁵ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 306.
- ⁶ Cfr. P. Rodríguez, *Camino. Edición crítico-histórica*, comentario al n. 57. El autor fecha la redacción de este punto el 22-XI-1932.
- ⁷ San Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte*, 6-I-2001, n. 4.
- ⁸ S. Rubin, F. Ambrogetti, *El Papa Francisco. Conversaciones con Jorge Bergoglio*, Ediciones B, Barcelona 2013, 48.
- ⁹ San Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, n. 38.
- ¹⁰ *Ibíd.*
- ¹¹ San Josemaría, *Conversaciones*, n. 40.
- ¹² *Es Cristo que pasa*, n. 134.
- ¹³ Cfr. F. Ocariz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 8.
- ¹⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 127.
- ¹⁵ San Juan Pablo II, Discurso, 5-VI-2004.
- ¹⁶ *Ibíd.*
- ¹⁷ Benedicto XVI, *Últimas conversaciones*, Mensajero, Bilbao 2016, 284.
- ¹⁸ *Ibíd.*
- ¹⁹ *Es Cristo que pasa*, n. 130.
- ²⁰ J. Philippe, *En la escuela del Espíritu Santo*, Rialp, Madrid 2005, 53. Sobre esta cuestión, en general, cfr. 45-64.

- ²¹ Francisco, Ex. Ap. *Evangelii Gaudium* (24-XI-2013), n. 20.
- ²² F. Ocáriz, Carta pastoral, 14-II-2017, n. 9.
- ²³ Francisco, Audiencia General, 31-V-2017.
- ²⁴ San Josemaría, *Forja*, n. 994.
- ²⁵ Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 262.
- ²⁶ *Amigos de Dios*, n. 244.

«A Jesús, por María»

Al pie de la Cruz acompañaban al Señor su Madre, santa María, algunas otras mujeres y Juan, el discípulo más joven. Solo esas pocas personas estaban a su lado en aquellas horas dramáticas. Esas... y una multitud de curiosos y oportunistas, el puñado de soldados que le había llevado al Calvario, y los acusadores que seguían burlándose de él, quizá saboreando su «victoria». ¿Y los demás discípulos? Habían huido.

El mismo Juan nos cuenta que «Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, le dijo a su madre: —Mujer, aquí tienes a tu hijo. Después le dice al discípulo: —Aquí tienes a tu madre» (*Jn* 19,25). Y, concluye el evangelista, «desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa» (*Jn* 19,27).

En el joven apóstol, la Madre de Cristo «es entregada al hombre —a cada uno y a todos— como madre»¹. Desde ese momento, María es Madre de los cristianos. Los primeros discípulos lo comprendieron en seguida. En torno a Ella se reunieron al sentir la ausencia del Señor, después de su Ascensión al Cielo: «todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos» (*Hch* 1,12.14).

También nosotros estamos llamados a experimentar personalmente la maternidad de María, y a responder como Juan, que «“acoge entre sus cosas propias” a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su “yo” humano y cristiano»². Se trata de un camino personal, que cada uno recorre a su manera... y a su tiempo.

«También soy hijo de mi Madre María»

San Josemaría había tenido devoción a la Virgen desde niño. No lo había olvidado con el paso de los años; en mayo de 1970, durante su novena a los pies de la Virgen de Guadalupe, decía: «Yo os aconsejo, en estos momentos especialmente, que volváis a vuestra edad infantil,

recordando, con esfuerzo si es preciso —yo lo recuerdo claramente—, el primer acto vuestro en el que os dirigisteis a la Virgen, con conciencia y voluntad de hacerlo»³. Sabemos que, siendo muy pequeño, su madre lo ofreció a la Virgen de Torreciudad en agradecimiento por haberle curado de una enfermedad mortal. De sus padres aprendió también a rezar a santa María. A la vuelta de los años, recordaba: «todavía, por las mañanas y por las tardes, no un día, habitualmente, renuevo aquel ofrecimiento que me enseñaron mis padres: *ioh Señora mía, oh Madre mía!, yo me ofrezco enteramente a Vos. Y, en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón...*»⁴

Mientras vivió en Zaragoza, san Josemaría visitaba diariamente a la Virgen del Pilar. A Ella acudía con sus barruntos, con la intuición de que el Señor tenía una voluntad especial para él. Aún se conserva una imagen pequeña de esa advocación, hecha en yeso, muy pobre, en cuya base grabó con un clavo: *Domina, ut sit!*, con la fecha *24-5-924*. «Aquella imagen —comentaba años más tarde— era la materialización de mi oración de años, de lo que os había contado tantas veces»⁵.

Ya en Madrid, tenía una imagen de la Virgen a la que denominaba «Virgen de los besos», porque nunca dejaba de saludarla con un beso al entrar o salir de casa. «No solo aquella, todas las imágenes de Nuestra Señora le conmovían. De modo especial las que encontraba tiradas por la calle, en grabados o estampas sucias y polvorientas. O las que le salían al paso en sus correrías por Madrid, como la imagen en azulejos con que se topaban a diario sus ojos cuando dejaba Santa Isabel»⁶.

Además, al contemplar el Evangelio había aprendido a tratar a María y a acudir a Ella como hacían los primeros discípulos. En su libro *Santo Rosario*, fruto de esa contemplación amorosa de la vida de Cristo, al comentar el segundo misterio glorioso, apunta: «Pedro y los demás vuelven a Jerusalén —*cum gaudio magno*— con gran alegría (*Lc 24,52*). (...) Pero, tú y yo sentimos la orfandad: estamos tristes, y vamos a consolarnos con María»⁷.

Con todo, la maternidad de María iba a ser otro de los «descubrimientos» que haría siendo todavía un sacerdote joven. Lo recoge en uno de sus *Apuntes*, que data de septiembre de 1932: «Ayer (...) descubrí un Mediterráneo —otro—, a saber: que, si soy hijo de mi Padre Dios, lo soy también de mi Madre María»⁸. No era algo nuevo

—era una verdad conocida, meditada, vivida—, y sin embargo adquiriría de golpe un significado inédito. Recordando una vez más su itinerario espiritual, añade: «Me explicaré: por María fui a Jesús, y siempre la he tenido por mi Madre, aunque yo haya sido un mal hijo. (Desde ahora seré bueno)». María le había llevado ya a Jesús: había sido su principal intercesora en su insistente petición para ver lo que le pedía el Señor... ¿En qué consistía entonces la novedad? Lo explica a continuación: «Pero ese concepto de mi filiación materna lo vi con una luz más clara, y con un sabor distinto lo sentí ayer. Por eso, durante la Sda. Comunión de mi Misa, le dije a la Señora mi Madre: ponme un traje nuevo. Era muy justa mi petición, porque celebraba una fiesta suya»⁹.

La idea del *traje nuevo* tiene claras resonancias paulinas: «Despojaos del hombre viejo y de su anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas» (Ef 4,22-24). Este nuevo descubrimiento de la maternidad de María, pues, tiene un sabor íntimo de conversión personal. Algo que *ve* con mayor claridad, que *siente* de modo nuevo, y que florece en un propósito sencillo pero profundo: «Desde ahora seré bueno».

Quienes han estudiado a fondo los textos de san Josemaría han puesto de relieve la línea en que se mueve este descubrimiento. Ocho días después de la anotación en que recoge el nuevo Mediterráneo que se le ha abierto, escribe un apunte que pasará a *Camino*: «A Jesús siempre se va y se “vuelve” por María»¹⁰. Era algo que llevaba un tiempo fraguándose en su alma, pero que de golpe comprendió con nueva hondura y le reafirmó en la importancia de Santa María en su vida de relación con Dios. Cuatro días después del apunte, anotó: «—¡A cuántos jóvenes les gritaría yo al oído: Sé de María... y serás nuestro!»¹¹ Años más tarde le preguntarían qué quería decir con eso, y él contestaba: «Quiero decir lo que tú entiendes perfectamente. (...) De una parte, que si no hay devoción a María no se puede hacer nada: las almas están como si no tuvieran fundamento para la vida espiritual; de otra, que cuando hay una devoción filial a la Santísima Virgen se encuentran las almas en buena disposición para servir a Nuestro Señor en el estado que sea: solteras, casadas, viudas y los sacerdotes como sacerdotes»¹².

Es María, en fin, quien lleva a Jesús; y Jesús nos lleva al Padre. Ella es, sencillamente, quien *facilita* el acceso a Dios.

«Volver» a Jesús por María

En aquel septiembre de 1932, san Josemaría meditó repetidas veces sobre el papel que la Virgen juega en nuestro camino a Jesús. En este caso, no se trata ya de encontrar a Cristo, de descubrir cuál es su voluntad para nosotros, sino, como hemos visto, de «volver» a Él. Su lenguaje resultaba novedoso para quienes se le acercaban. El beato Álvaro del Portillo, por ejemplo, recuerda que él mismo se sorprendió: «Entonces pregunté yo al Padre: Padre, ¿por qué ha puesto esto? Que se va por María, ya lo entiendo, pero que se vuelve... Y me dijo: «hijo mío, si alguno tiene la desgracia de separarse de Dios por el pecado, o está a punto de separarse porque le va entrando la tibieza y la desgana, entonces acude a la Santísima Virgen y encuentra otra vez la fuerza; la fuerza para ir al confesionario, si hace falta, para ir a la Confidencia y abrir bien la conciencia con gran sinceridad —sin que haya recovecos en el alma, sin que haya secretos a medias con el diablo— y por María, se va a Jesús»¹³.

Levantarse después de una caída cuesta, y cuesta más a medida que pasan los años. En lo físico, resulta evidente: basta ver el revuelo que se forma cuando una persona mayor se cae por la calle. Pero esa afirmación es igualmente cierta en lo espiritual. A medida que crecemos en edad, se nos puede hacer más y más costoso pedir perdón. Nos humilla seguir cayendo en los mismos pecados, nos avergüenza cometerlos —«¡a estas alturas!»—, se nos hace insoportable seguir constatando nuestra propia debilidad... y, a veces, cedemos a una desesperanza que nos roba la alegría.

La desesperanza es un enemigo sutil que nos lleva a encerrarnos en nosotros mismos. Pensamos que hemos defraudado a Dios, como quien se compra un aparato electrónico y de golpe descubre que no era tan bueno como lo pintaban... Sin embargo, al vernos en ese estado, Él quiere recordarnos que inos conoce perfectamente! A cada uno de nosotros podría decirnos, como a Jeremías: «antes de plasmarte en el seno materno, te conocí» (*Jr* 1,5). Por eso, su Amor por nosotros constituye una seguridad firme: sabiendo cómo somos, Dios nos ha amado hasta dar la vida por nosotros... y no se ha equivocado. Cuando

incluso esta verdad, tan consoladora, nos resulte lejana, acordarnos de nuestra Madre puede ser como el *atajo* que nos facilite el camino de vuelta¹⁴. Ella nos acerca de modo particular a la Misericordia de ese Dios que está esperándonos con los brazos abiertos. En su última Audiencia general, Benedicto XVI nos confiaba: «Desearía invitaros a todos a renovar la firme confianza en el Señor, a confiarnos como niños en los brazos de Dios, seguros de que esos brazos nos sostienen siempre y son los que nos permiten caminar cada día, también en la dificultad. Me gustaría que cada uno se sintiera amado por ese Dios que ha dado a su Hijo por nosotros y que nos ha mostrado su amor sin límites. Quisiera que cada uno de vosotros sintiera la alegría de ser cristiano»¹⁵. Y precisamente para que lo sintamos, Dios ha querido manifestarnos su amor paterno... y materno.

El amor «materno» de Dios aparece expresado en diversos momentos a lo largo de la Escritura; quizá el pasaje más conocido sea el de *Isaías*: «¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré!» (*Is* 49,15); o, de un modo aún más explícito: «como alguien a quien su madre consuela, así Yo os consolaré» (*Is* 66,13). Sin embargo, Dios quiso ir más allá, y darnos a su misma Madre, aquella mujer de quien se encarnó su Hijo amado. Los cristianos de todos los tiempos han descubierto por eso en María una vía privilegiada y particularmente accesible hacia el Amor infinito del Dios que perdona.

A veces podemos encontrarnos con personas a quienes aún les resulta demasiado abstracto dirigirse a Dios, o que no se atreven a mirar a Cristo directamente: un poco como aquellos niños que prefieren acudir a su madre antes que a su padre cuando han hecho algo mal o han roto un objeto valioso... De modo parecido, «muchos pecadores no pueden decir el “Padre Nuestro”, pero dicen sin embargo el “Ave María”»¹⁶. Y así, por María, «vuelven» a Jesús.

A María, con la ternura de los niños

El descubrimiento de la importancia de María va de la mano, en la vida de san Josemaría, de la vivencia de la infancia espiritual. En un punto de *Camino*, que nació en unas circunstancias difíciles, escribió: «¡Madre! —Llámalas fuerte, fuerte. —Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo

de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha»¹⁷. Quienes le rodeaban no sabían quizá hasta qué punto les estaba transmitiendo su propia experiencia con estas líneas. Por aquellos años, san Josemaría estaba aprendiendo también a acercarse a Dios como un niño pequeño.

Fruto de ese modo de orar es su obra *Santo Rosario*, y también algunos capítulos de *Camino*. Los *descubrimientos* que hemos repasado se inscriben en ese trato confiado con Dios y con María. De hecho, san Josemaría recorrió ese camino a lo largo de toda su vida. Poco antes de pasar su última Navidad en esta tierra, confiaba a un grupo de hijos suyos: «De ordinario me abandono, procuro hacerme pequeño y ponerme en los brazos de la Virgen. Le digo al Señor: ¡Jesús, hazme un poco de sitio! ¡A ver cómo cabemos los dos en los brazos de tu Madre! Y basta. Pero vosotros seguid vuestro camino: el mío no tiene por qué ser el vuestro (...) ¡viva la libertad!»¹⁸

Sin ser el único modo de lograrlo, *hacerse niños* facilita actitudes como la humildad o el abandono esperanzado en las distintas circunstancias de la vida. También es una manera de ganar en sencillez y naturalidad al dirigirnos a Dios. Además, al ser un camino marcado por el reconocimiento de la propia fragilidad y dependencia, permite abrir a Dios con menos esfuerzo las puertas del propio corazón, es decir, de la propia intimidad.

Los niños son vulnerables, y precisamente por eso son tan sensibles al amor: comprenden en profundidad los gestos y las actitudes de los mayores. Por eso es necesario que nos dejemos *tocar* por Dios, y le abramos las puertas de nuestra propia alma. El Papa lo proponía también a los jóvenes: «Él nos pregunta si queremos una vida plena. Y yo en su nombre les pregunto: Ustedes, ¿ustedes quieren una vida plena? Empieza desde este momento por dejarte conmover»¹⁹. Tener corazón no significa prestarse a la afectación o la sensiblería, que son una simple caricatura de la auténtica ternura. Al contrario, redescubrir el corazón, dejarse conmover, puede ser un camino para alcanzar a Dios. «Mi pobre corazón está ansioso de ternura —anotaba san Josemaría en 1932—. *Si oculus tuus scandalizat te...* No, no es preciso tirarlo lejos: que no se puede vivir sin corazón. (...) Y esa ternura, que has puesto en el hombre, ¡cómo queda saciada, anegada, cuando el hombre te busca, por la ternura (que te llevó a la muerte) de tu divino

Corazón!»²⁰A María —y por Ella a Jesús— se puede ir por el camino de la ternura, que es el modo en que los niños aprenden a conocer a sus madres y a confiar en ellas su vida entera. Por este y por otros caminos que Dios nos puede sugerir, nos adentramos en un inmenso Mediterráneo: el de tener en el Cielo una Madre toda hermosa, santa María.

Notas

- ¹ San Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n. 23.
- ² *Ibidem*. n. 45.
- ³ San Josemaría, *Apuntes de su oración en voz alta en la antigua basílica de Nuestra Señora de Guadalupe* (México), 20-V-1970, en P. Casciaro, *Soñad y os quedaréis cortos*, 11^a ed., Rialp, Madrid 1999, p. 223.
- ⁴ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 296.
- ⁵ Apuntes de una reunión familiar, 26-VII-1974 (*Crónica* 1975, p. 223, en AGP, biblioteca, P01). La imagen se conserva en una galería con recuerdos de su vida, en la sede central del Opus Dei, en Roma.
- ⁶ A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. 1, pp. 410-411.
- ⁷ San Josemaría, *Santo Rosario*, 2^o misterio glorioso.
- ⁸ San Josemaría, *Apuntes íntimos*, n. 820, 5-IX-1932, en *Santo Rosario. Edición crítico-histórica*, introducción al 2^o misterio glorioso, p. 234.
- ⁹ *Ibidem*.
- ¹⁰ San Josemaría, *Camino*, n. 495.
- ¹¹ San Josemaría, Texto del Cuaderno VI, n^o 825, fechado en 17-IX-1932, en *Camino. Edición crítico-histórica*, comentario al n. 494.
- ¹² San Josemaría, Notas de una tertulia, Madrid 23-X-1972, en *Camino. Edición crítico-histórica*, comentario al n. 494.
- ¹³ Notas de un coloquio con Álvaro del Portillo, Madrid 4-IX-1977, citadas en *Camino. Edición crítico-histórica*, comentario al n. 495. San Josemaría denominaba Confidencia o charla fraterna a las conversaciones de acompañamiento espiritual, indicando la confianza y la discreción por la que estas deben caracterizarse.
- ¹⁴ «La Virgen, Madre del Señor y Madre nuestra (...) es el atajo para llegar a Dios» (J. Echevarría, “El amor a María Santísima en las enseñanzas de Mons.

Josemaría Escrivá de Balaguer”, *Palabra*, 156-157, (1978), pp. 341-345 (disponible [aquí](#)).

¹⁵ Benedicto XVI, *Audiencia General*, 27-II-2013.

¹⁶ J. Daniélou, *El misterio del Adviento*, Cristiandad, Madrid 2006, p. 120.

¹⁷ *Camino*, n. 516.

¹⁸ San Josemaría, Apuntes de la predicación, 20-XII-1974, en E. Burkhart, J. López, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, vol. 2, p. 68.

¹⁹ Francisco, *Discurso*, 28-VII-2016.

²⁰ San Josemaría, *Apuntes íntimos*, n. 1658, 9-X-1932, en *Camino. Edición crítico-histórica*, comentario al n. 118. Cfr. *Mc* 9,47.

EPÍLOGO

El descubrimiento de los distintos *Mediterráneos* que hemos ido repasando en estas páginas ensanchó el corazón de san Josemaría de modo indecible. Como dando pequeños pasos de la mano del Señor, percibió el sentido de la Cruz, que le hizo sentirse hijo de un Padre lleno de Amor; descubrió el Amor entrañable y cercano de Jesús; aprendió a dejarse querer por Dios, nuestro Consolador, confiando en Él más que en las fuerzas propias; y, poco a poco, supo dar protagonismo al Espíritu Santo en su vida espiritual y en su acción en la tierra. Comprendió, en definitiva, que la plenitud de la vida cristiana no consiste en cumplir una serie de tareas, llegar a un cierto estándar o «realizar empresas extraordinarias, sino en *unirse a Cristo*, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos. La santidad *se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros*, por el grado en que, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya»¹.

Siguiendo los pasos de san Josemaría, también nosotros podemos pedir a Dios que nos adentre en esos *Mediterráneos* de la vida interior, paisajes tan conocidos... pero a la vez inmensos, que nos permitirán «ahondar en la hondura del Amor de Dios, para poder así, con la palabra y con las obras, mostrarlo a los hombres»². No hay camino más urgente... ni más hermoso.

Notas

¹ Benedicto XVI, Audiencia General, 13-IV-2011.

² San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 97.

© Copyright 2018 - Oficina de Información del Opus Dei

www.opusdei.org